

— A mí las muertes que me importan no son las del enemigo sino las mías.

— Eso es una doctrina militar que...

— La única que he sabido siempre.

— No da buenos resultados todas las veces.

— Procure rodearlos pero rompieron por los flancos; no dio tiempo a restablecer; de todas maneras dejaron al campo treinta y seis; y los prisioneros.

— Casi siempre para eso.

— Si la envolvente no hubiera cedido por allí...

— Yo voy al asalto...

— El combate no estaba maduro.

— ¿Maduro?

Ahora es Mariáns quien lo mira. ¿Cómo explicarle aquello que él nunca ha visto escrito?

— Sí... el pulso del combate... no había cuajado aún.

— Eso es para la cátedra de táctica en la escuela que vamos a abrir en Saurimo —rie Oneira.

El capitán mira a Mariáns esperando, casi pidiéndole una definición más justa, más certera.

— No sé; yo lo siento así.

— Pueden ser —susurra el capitán y vuelve a sus tratos.

— Además —dice Mariáns—, yo asalté en el puente.

— Eso fue un salto con saco.

— El que se podía dar; el que convenia dar.

— No se me ofenda, no se me ofenda, teniente. que yo lo he dicho sin intención.

— No, no, no; yo lo sé. No se preocupe.

— Pero lo importante en la guerra es la sorpresa, lo inesperado. El golpe. La guerra es una serie de golpes. Como el boxeo.

— Eso es verdad; pero la guerra también establece su propia normalidad; y dentro de ella los soldados viven.

— El valor del boxeador está en los golpes que da.

— O en el tiempo que se mantiene sobre la lona. Lo que importa es lo de todos los días.

— En otra parte quizás; aquí no.

— Yo pienso que en todas partes; en las diez de últimas el que decide es el soldado; y el mejor soldado es el que más rápido aprende a vivir en la guerra.

— Un soldado se hace en semanas; un buen oficial necesita años; como quien dice toda la vida —Oneira se ha puesto de pie y se moja las manos en los bordes metálicos del BTR. Después se las seca en la barba. —Desde las matemáticas